

la hora de separarnos. El jueves es día de fiesta ; el jueves sois todos libres ; el jueves, pues, a las ocho de la noche, compareced todos aquí, y, puesto yo a vuestra cabeza, nos echaremos sobre la ciudad.

—¡ Sí ! ¡ sí !—gritaron todos.

—Dos palabras más—profirió Jorge :—si entre nosotros hubiese un traidor, decidamos que, una vez probada su traición, cada uno de nosotros podrá matarlo sin demora y en la forma que quiera, lenta, suave o cruelmente. ¿Os sometéis anticipadamente a este fallo? Yo me someto a él desde luego.

—¡ Sí ! ¡ sí !—gritaron todos,—si hay un traidor, que muera.

—Está bien. Decidme ahora, ¿cuántos sois?

—Diez mil—respondió Laisa.

Mis trescientos servidores tienen orden de entregaros cuatro pesos a cada uno, pues urge que para el jueves por la noche, cada cual posea un arma cualquiera. Hasta el jueves.

Dichas estas palabras, Jorge saludó con la mano y se volvió por donde viniera, mientras los trescientos negros abrían sendos saquitos henchidos de oro y daban a cada uno los cuatro pesos prometidos.

Verdad es que esta magnificencia regia costaba a Jorge Munier cuarenta mil duros ; pero ¿qué significaba esta suma para un millonario como él, máxime cuando habría sacrificado toda su fortuna al cumplimiento del plan madurado tanto tiempo hacía en su ánimo?

## XX

## LA CITA

Jorge, uno de tantos a quienes la inacción aniquila y la lucha engrandece, entró en su casa mucho más sosegado de cuerpo y de espíritu que no pudiera haber sospechado, y, para el caso de un ataque imprevisto, preparó sus armas, aparejándose al mismo tiempo una retirada hacia las grandes selvas que él recorriera en su infancia, y el murmurio y la inmensidad de las cuales, unidos al murmurio y a la inmensidad del océano, habían hecho de él el niño pensador que vimos al comenzar esta historia.

Pero aquel sobre quien recaía en realidad el peso de todos aquellos acaecimientos imprevistos, era el pobre Pedro Munier. Durante los últimos catorce años de su vida, el infortunado padre no había alentado otro deseo que el de ver nuevamente a sus hijos, y los había visto a los dos ; pero su presencia sólo sirvió para mudar la atonía habitual de su vida en una inquietud sin cesar renaciente : el uno, capitán negrero, en lucha eterna con los elementos y las leyes ; el otro, conspirador ideólogo, en pugna con las preocupaciones y los hombres ; ambos en guerra contra lo más poderoso del mundo, y ambos expuestos a verse de un momento a otro quebrantados por la tormenta, mientras él, encadenado por su hábito de obediencia pasiva, los veía a los dos ir en derechura al abismo, sin fuerza para retenerlos y sin más consuelo

que estas palabras que su boca repetía incesantemente :

—A lo menos estoy seguro de una cosa, de que moriré con ellos.

Por lo demás, el tiempo que debía decidir de la suerte de Jorge era corto ; sólo dos días lo separaban de la catástrofe que había de convertirlo en otro Santos Louverture o en un nuevo Petión. Su único pesar, durante aquellos dos días, fué no poder comunicar con Sara ; y realmente hubiera sido una imprudencia ir a buscar en la ciudad a su habitual mensajero Miko Miko. Con todo, tranquilizábalo la convicción de que la doncella estaba segura de él, como él estaba seguro de ella : que hay almas a las cuales les basta cruzar una mirada y una palabra para comprender cuanto valen, y que, desde aquel punto, descansan una y otra en la seguridad de la convicción. Además, Jorge se sonreía al pensar en la gran venganza que iba a tomar de la sociedad, y en la gran reparación que iba a darle el destino, y ya le parecía estar pronunciando las palabras que diría a Sara al verla de nuevo : «Hace ocho días que no he visto a usted ; pero estos ocho días me han bastado, como a un volcán, para cambiar la faz de una isla. Dios quiso asolarlo todo con un huracán, y no pudo ; yo quise hacer desaparecer en una tempestad de hombres, leyes y preocupaciones, y, más poderoso que Dios, lo he logrado.»

En los peligros políticos y sociales de la índole de aquel a que Jorge se exponía, hay una embriaguez que eternizará las conspiraciones y los conspiradores. El móvil más poderoso de las acciones humanas es, sin contradicción, la satisfacción del orgullo ; ahora bien, ¿que hay más halagüeño para nosotros, hijos del pecado, que la idea de renovar la lucha de Satanás contra Dios, de los ti-

tanés contra Júpiter? En aquella lucha Satanás fué fulminado y Encelado sepultado ; pero este último, sepultado, remueve una montaña cada vez que se vuelve, y Satanás, fulminado, pasó a ser rey de los infiernos. Verdad que esto no lo comprendía el pobre Pedro Munier. Así es que cuando Jorge, después de haber entreabierto su ventana, colgado de su cabecera sus pistolas y puesto su sable bajo su almohada, se hubo dormido con toda tranquilidad como si no lo hubiese efectuado sobre un polvorín, Pedro armó cinco o seis negros de cuya fidelidad estaba seguro, los colocó de vigía en torno de la casa, y luego se puso él mismo de centinela en el camino de Moca. De esta suerte Jorge tenía a lo menos asegurada una retirada momentánea, y no corría peligro de que lo sorprendiesen.

La noche pasó sin novedad ; a bien que es propio de las conspiraciones que se urden entre negros el guardar escrupulosamente el secreto. Los infelices no están todavía bastante civilizados para calcular el provecho que le puede reportar a uno el ser traidor.

El siguiente día pasó como la precedente noche, y la subsiguiente noche como el día ; de modo que síntoma alguno pudo hacer sospechar a Jorge que lo habían vendido. Sólo algunas horas lo separaban pues, del cumplimiento de sus designios.

A las nueve de la mañana llegó Laísa, y Jorge lo hizo entrar en su cuarto. Las disposiciones generales eran las mismas ; pero el entusiasmo producido por la generosidad de Jorge iba en aumento. A las nueve de la noche los diez mil conspiradores estarían reunidos en la margen del río de las Latánias, y a las diez estallaría la sublevación.

Mientras Jorge interrogaba a Laísa respecto a las disposiciones particulares de cada uno, y cal-

culaba con él las probabilidades de aquella peligrosa empresa, vió venir a lo lejos a su mensajero Miko Miko, el cual, con su bambú al hombro y sus cestas en los extremos del bambú, andaba al paso de costumbre. No podía llegar más a punto el chino, cuanto más que, desde el día de las carreras, Jorge no había visto a Sara.

Con ser grande el dominio que sobre sí ejercía el joven mulato, éste no pudo menos de abrir la ventana y hacer una seña a Miko Miko para que aliviase el paso, lo cual el honrado chino hizo inmediatamente.

Laisa se encaminó entonces a la puerta para retirarse, pero Jorge lo detuvo, manifestándole tener que comunicarle algo más.

Con efecto, como lo previera el joven mulato, Miko Miko no se había presentado porque sí en Moca. Apenas hubo entrado, el chino sacó un billete doblado en la forma más aristocrática, esto es estrecha y larga, y en el sobre del cual campeará únicamente el nombre de pila de nuestro héroe, trazado en elegantes caracteres. Al ver aquel billete, Jorge, a quien se le alborotara el corazón, lo quitó de las manos del mensajero, y, pobre filósofo que no se atrevía a ser hombre, para ocultar su emoción, fué a leerlo junto a la ventana.

La carta era realmente de Sara, y decía :

«Amigo mío : vaya usted esta tarde, a las dos, a casa de lord Guillermo Murrey, y allí se enterará usted de cosas que no me atrevo a decirle, tan dichosa me hacen ; luego venga a verme, lo esperaré en nuestro pabellón.— Su SARA.»

Jorge leyó otra vez la carta, y luego tornó a leerla, pues para él era un misterio aquella doble cita ; porque ¿cómo podría lord Murrey decirle

cosas que hacían dichosa a Sara, y cómo él, al salir de casa de lord Murrey, esto es, a las tres de la tarde, en pleno día, a la vista de todos, podía presentarse en casa de Malmedie? Sólo el chino podía aclararle el enigma ; así, pues, llamó al chino y lo interrogó ; pero el mercader sólo sabía que la señorita Sara lo había enviado a buscar por Bijou, a quien de buenas a primeras no había conocido por haber éste perdido en la lucha con Telémaco parte de su ya estrafalaria nariz, y lo había seguido hasta el pabellón de la doncella, donde ésta escribiera la carta que Jorge acababa de leer.

—¿Qué más?—preguntó Jorge.

—Sólo sé que, al despedirme, la señorita Sara me ha dado una onza de oro—respondió el chino.

Con todo eso Jorge no se dió a partido, al contrario, preguntó al mercader si Sara había escrito su carta en presencia de él ; si la doncella estaba completamente sola al escribirla, y si parecía estar alegre o triste. A lo cual respondió el chino que Sara había escrito la carta en su presencia, sin más testigos que él, y que su semblante anunciaba la serenidad y la dicha más cabales.

Durante el interrogatorio de Jorge, oyóse el galope de un caballo : era un correo con la librea del gobernador, el cual correo entró poco después en el cuarto del mulato, y, de parte de lord Murrey, le entregó una carta así concebida :

«Mi querido compañero de viaje : desde que dejé de verlo, me he ocupado grandemente de usted, y me doy a entender que no he arreglado del todo mal sus asuntos. Hágame usted el favor de pasar por esta su casa hoy a las dos, y, o mucho me engaño, o podré comunicarle excelentes nuevas.

»Suyo afmo., Lord G. MURREY.»

La carta de Sara y la del gobernador no podían coincidir más; así es que por mucho que Jorge se arriesgase al presentarse en la ciudad en la situación en que él se hallaba; por mucho que la voz de la prudencia le dijese que aventurarse en Puerto Luis, y mayormente en casa del gobernador, era una temeridad, el mozo solamente dió oídos a su orgullo, que le decía que el no comparecer a aquellas dos citas era casi una cobardía, máxime cuando las dos citas se las daban las dos únicas personas que hubiesen respondido, una a su amor, la otra a su amistad. Así, pues, Jorge se volvió hacia el correo, y le ordenó que saludase afectuosamente de su parte al gobernador, y le dijese que se hallaría en palacio a la hora señalada.

Salido que se hubo el correo, Jorge se sentó a su mesa y escribió a Sara la carta que va de seguida :

«Mi querida Sara : bendita mil veces la carta de usted. Es la primera que de usted recibo, y, aunque sumamente lacónica, me dice cuanto yo saber quería, esto es que usted no me ha olvidado, que continúa amándome, que es usted mía como yo soy de usted.

«Iré a casa de lord Murrey a la hora que me indica. ¿Estará usted allí? Esto me lo dice usted. ¡Ay! las únicas nuevas dichosas que me es dado esperar, sólo pueden venirme de boca de usted, pues no aspiro a otra felicidad en el mundo, que a la de ser esposo de usted. Hasta lo presente he hecho cuanto ha estado en mí para conseguirlo, y cuanto hiciere tenderá al mismo fin. Consérvese usted fuerte y fiel, Sara, como yo seré fiel y fuerte, porque con parecernos a los dos que estamos tocando la dicha, me temo que, antes de alcanzarla, usted y yo habremos de pasar por pruebas terribles.

«No importa, Sara, pues estoy convencido de que en el mundo nada hay que resista a una voluntad poderosa e inmutable y a un amor profundo y abnegado; aliente usted este amor, Sara, y yo alentaré aquella voluntad.—Su JORGE.»

El mulato entregó la carta a Miko Miko, el cual volvió a echarse al hombro su bambú y sus cestas, y con su paso habitual tomó la vuelta de Puerto Luis, no sin haber recibido antes la retribución a que era acreedor por sus fieles servicios.

Jorge se quedó solo con Laísa, que lo había oído casi todo y todo lo había comprendido.

—¿Va usted a la ciudad?—preguntó el negro.

—Sí—respondió Jorge.

—Es una imprudencia.

—Lo sé; pero el deber me ordena ir, y, si no fuese, me tendría a mí mismo por cobarde.

—Está bien, vaya usted, ¿pero si a las diez no ha llegado usted al río de las Latánias?...

—Será señal de que estaré preso o muerto, y entonces entre usted en la ciudad y libérrame o véngueme.

—Está bien—dijo Laísa,—cuente usted con nosotros.

Y aquellos dos hombres que tan bien se habían comprendido, a quienes una sola palabra, un solo gesto, un solo apretón de manos les bastaba para estar seguros uno de otro, separáronse sin cruzar ni una promesa ni una recomendación más.

Eran las diez de la mañana, y un criado entró en el cuarto de Jorge para preguntarle, en nombre de su padre, si almorzaría con éste.

Jorge pasó al comedor, tan sosegado como si nada hubiese sucedido.

Pedro Munier miró a su hijo con solicitud paternal, pero al ver a Jorge tranquilo y risueño como de costumbre, se sosegó, y dijo :

—Alabado sea Dios, mi querido hijo; al ver llegar uno tras otro a los mensajeros que acaban de salir, temí que te trajesen malas nuevas; pero en tu sosiego veo que me engañé.

—Dice usted bien, padre—contestó Jorge,— todo marcha a pedir de boca; esta noche, a la hora prefijada, ha de estallar la sublevación, y los que han venido hanme traído el uno una carta del gobernador, citándome para las dos de esta tarde en su palacio, y el otro un billete de Sara en el cual ésta me dice que me ama.

Pedro Munier quedó aturdido. Aquella era la primera vez que Jorge le hablaba de la sublevación de los negros y de la amistad del gobernador. El infeliz padre había sabido ambas cosas indirectamente, y se había estremecido en su corazón al ver a su hijo predilecto lanzarse en semejante vía. Pedro Munier, pues, tartamudeó algunas observaciones; pero Jorge lo atajó diciéndole con faz risueña:

—Padre, acuérdesse usted del día en que después de haber hecho usted prodigios de valor, salvando a los voluntarios, y conquistando una bandera, se vió usted despojado violentamente de ella por el señor Malmedie; aquel día estuvo usted frente al enemigo, grande, noble y sublime, cual lo estará usted siempre ante el peligro; aquel día juré que tarde o temprano restituiría a su lugar hombres y cosas, y hoy que la ocasión ha llegado, no retrocederé. Dios juzgará entre esclavos y amos, entre débiles y fuertes, entre mártires y verdugos.

Jorge, al ver que su padre, sin fuerzas, sin voluntad para oponerse a la de su hijo, se agobiaba como si el mundo en peso hubiese gravitado sobre él, ordenó a Alí que ensillase los caballos, y en almorzando, con toda tranquilidad, y después de haber de tiempo en tiempo fijado en su padre una

mirada de tristeza, se levantó para marcharse.

Pedro Munier se estremeció, y, poniéndose en pie, tendió los brazos hacia Jorge. El cual cogió con ambas manos la cabeza de su padre, y con expresión de amor filial nunca por él hasta entonces demostrado, besó cinco o seis veces sus canas.

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!—exclamó Pedro Munier.

—Padre—articuló Jorge,— tendrá usted una vejez respetada, o yo tendré una tumba sangrienta. Quede usted con Dios, padre.

Jorge se disparó fuera del aposento, y el anciano desplomóse en su silla y lanzó un profundo suspiro.

## XXI

### LA NEGATIVA

A unas dos leguas de la casa de su padre, Jorge emparejó con Miko Miko, que se encaminaba a Puerto Luis, y, deteniendo a su caballo, hizo seña al chino de que se le acercase, y le dijo al oído algunas palabras, a las cuales el mercader contestó con una señal de inteligencia, y luego continuó su camino.

Al llegar al pie de la montaña de la Descubierta, Jorge empezó a cruzarse con algunas personas de la ciudad, y con las miradas estudió escrupulosamente los rostros de aquellos viandantes, pero no descubrió en ellos síntoma alguno que le diese a sospechar que la conspiración hubiese traspasado. Así, pues, siguió adelante, atravesó el campo de los Negros y entró en la ciudad.

En Puerto Luis reinaba el mayor sosiego; cada cual estaba, al parecer, entregado a sus quehaceres personales; preocupación alguna general se cernía sobre la ciudad. Los buques se mecían tranquilos y abrigados en el puerto; en la punta de los Charlatanes se veían sus habituales concurrentes, y, frente al Caballo de Plomo, daba fondo un buque norteamericano procedente de Calcuta.

La presencia de Jorge produjo, sin embargo, alguna sensación; pero era evidente que esta sensación se relacionaba con el lance de las carreras, con el inaudito insulto hecho por el mulato al blanco. Aun algunos grupos cesaron evidentemente, al aspecto del joven, de hablar de sus asuntos para seguir a Jorge con las miradas, y cruzar en voz queda alguna palabra demostrativa del asombro que les causaba la audacia de aquél al presentarse en la ciudad; pero Jorge respondió a aquellas miradas con otra tan altiva, y a los cuchicheos con una sonrisa tan preñada de desdén, que no pudiendo, los que fueron objeto de aquella mirada y de aquella sonrisa soportar los rayos de amarga superioridad que emanaban de sus ojos, bajaron los suyos. Esto sin contar que por las bocas de las pistoleras de Jorge asomaban las cinceladas culatas de dos pistolas de dos cañones.

En quienes, empero, Jorge fijó más su atención fueron los oficiales y los soldados que encontró a su paso; pero soldados y oficiales tenían la fisonomía tranquilamente aburrída de la gente trasladada de un momento a otro y condenada a un destierro de cuatro mil leguas. En verdad, si unos y otros hubiesen sabido que Jorge les preparaba ocupación para la noche, hubieran tenido el aspecto, si no más alegre, a lo menos más atareado.

Así pues, todas las apariencias tranquilizaron a Jorge. El cual llegó al palacio del gobernador,

dejó su caballo al cuidado de Alí, a quien recomendó que no se separase, atravesó el patio, subió la escalinata y entró en la antesala.

Como los criados habían recibido anticipadamente la orden de introducir al señor Jorge Munier en cuanto se presentase, uno de ellos se adelantó al encuentro del joven, y, abriendo la puerta del salón, lo anunció.

Jorge entró y vió en el salón a lord Murrey, al señor de Malmedie y a Sara.

La doncella inmediatamente miró al joven, y vió con pasmo que en el rostro de su amado antes se traslucía sensación penosa que no alegre. En efecto, Jorge arrugó ligeramente la frente y el entrecejo y se sonrió casi con amargura.

Sara se había levantado con viveza, pero no pudiendo sostenerse en pie por flaquearle las piernas a causa de la impresión que acababa de recibir, lentamente volvió a sentarse en su sillón.

En cuanto a Malmedie, se quedó en pie e inmóvil como estaba, limitándose a inclinar ligeramente la cabeza.

—Mi joven amigo—dijo lord Murrey llegándose a Jorge y tendiéndole la mano,—pláceme en el alma dar a usted una nueva que espero colmará todos sus deseos; el señor de Malmedie, ganoso de acabar con las distinciones de color y las rivalidades de casta que hace dos siglos labran la desventura, no sólo de la isla de Francia, mas también de las colonias en general, consiente en conceder a usted la mano de su sobrina, la señorita Sara de Malmedie.

Sara se ruborizó y levantó casi imperceptiblemente los ojos para mirar a Jorge; pero éste se contentó con inclinarse sin responder.

Malmedie y el gobernador miraron con asombro al joven.

—Mi querido señor de Malmedie—dijo lord Murrey sonriéndose,—nuestro incrédulo amigo no fía en sólo mi palabra; dígame usted, pues, que accede a la petición que él le hizo, que desea se olviden las animosidades antiguas y recientes que dividen a entrambas familias.

—Es verdad, caballero—profririó Malmedie haciendo visiblemente un poderoso esfuerzo;—lo manifestado a usted por el señor gobernador, es trasunto fiel de mis sentimientos. Si conserva usted algún rencor por cierto acacimiento ocurrido cuando la toma de Puerto Luis, olvídelo usted, como olvidará mi hijo, y en su nombre se lo prometo a usted, la injuria inmensamente más grave que recientemente usted le ha inferido. En cuanto al matrimonio de usted con mi sobrina, consiento en él, como ha dicho el señor gobernador, y a menos que hoy sea usted quien se niegue...

—¡Oh! ¡Jorge!—exclamó Sara no pudiendo refrenar su primer arranque.

—Sara—repuso el joven,—no se apresure usted a juzgarme por mi respuesta; me la imponen imperiosas necesidades. Ante Dios y ante los hombres, Sara, desde la noche del pabellón, desde la noche del baile, desde el día que vi a usted por vez primera, es usted mi esposa; ninguna otra mujer llevará un apellido que usted, con ser tan bajo ese apellido, no ha desdenado. Cuanto voy a decir, pues, es asunto de forma y de tiempo.

Jorge se volvió hacia lord Murrey, y continuó:

—Gracias, milord; en lo que hoy pasa veo el apoyo de su generosa filantropía y de su benévola amistad. Pero desde el día en que el señor de Malmedie me negó la mano de su sobrina, y en el que el señor Enrique me insultó por segunda vez, me propuse, por creerlo de mi deber, vengarme de la negativa y del insulto por una injuria pública,

indeleble, infamativa, y romper con los blancos. Ya no cabe reconciliación entre nosotros. Sea por combinaciones que él sabrá, sea por cálculo, sea con una intención que no comprendo, puede el señor de Malmedie hacer la mitad del camino; no haré yo la otra mitad. Si la señorita Sara me ama, libre es y dueña de su mano y de su fortuna; corresponde, pues, a ella engrandecerse todavía más a mis ojos descendiendo a mí, y no a mí rebajarme a los suyos intentando subir hasta ella.

—¡Oh! señor Jorge—profririó Sara,—ya sabe usted...

—Sí—repuso Jorge,—sé que es usted noble, abnegada y pura; sé que usted vendrá a mí pese a todos los obstáculos, a todos los impedimentos, a todas las preocupaciones; sé que me basta esperar y que la veré aparecer un día; y esto lo sé precisamente porque siendo usted la que hace el sacrificio, en la generosidad de su alma ya ha decidido usted que me haría este sacrificio. Pero en cuanto a usted, señor de Malmedie, y en cuanto a su hijo Enrique, que consiente en no pelearse conmigo con la condición de que me hará azotar por sus amigos, le declaro una guerra eterna ¿oye usted? un odio mortal que no se extinguirá por mi parte sino en la sangre o en el menosprecio: elija pues, el señor Enrique.

—Señor gobernador—dijo entonces Malmedie con más dignidad que no podía esperarse de él,—ya usted ve que por mi parte he hecho lo humanamente posible: he sacrificado mi orgullo, he olvidado la antigua y la nueva injuria; pero decorosamente no puedo hacer más, y es fuerza que me atenga a la declaración de guerra que me dirige el caballero. Lo único que haremos será esperar el ataque manteniéndonos a la defensiva.—Y volviéndose hacia Sara, añadió:—Como ha dicho el

caballero, es usted dueña de su corazón, de su mano y de su fortuna; obre usted como mejor le plazca: quédese usted con el caballero, o véngase conmigo.

—Tío—profirió la doncella,—mi deber es irme con usted. Adiós, Jorge, para mí es un enigma lo que ha hecho usted hoy; pero es indudable que cuando usted lo ha hecho debía hacerlo.

Tras estas palabras, Sara hizo una reverencia llena de calma y de dignidad al gobernador, y se salió con Malmedie.

Lord Murrey acompañó hasta la puerta al tío y a la sobrina, y poco después tornó al salón y fijó una mirada interrogativa en Jorge, que la sostuvo con firmeza.

Aquellos dos hombres que, gracias a sus privilegiadas dotes de inteligencia, se comprendían tan bien uno a otro, guardaron por breve espacio el más profundo silencio.

—¿Conque se ha negado usted?—dijo el gobernador.

—He obrado conforme me ha dictado la conciencia, milord.

—Usted perdone este que parece interrogatorio; pero ¿me es dado saber la causa a que ha obedecido la negativa de usted?

—La causa radica en el sentimiento de mi propia dignidad.

—¿Nada más?—preguntó lord Murrey.

—Si ha influido otra causa, permítame usted que me la reserve.

—Escúcheme usted, Jorge—repuso el gobernador con la familiaridad que tan bien le sentaba y que tan ajena era de su carácter frío y estudiado:—desde el punto y hora en que lo vi a bordo de la *Leicester*, desde el instante en que pude apreciar las relevantes cualidades que lo adornan, nació en

mí el deseo de hacerlo servir de vínculo de unión entre las opuestas castas de esta isla. Empecé por calar su modo de pensar, luego me hizo usted confianza de su amor, y me presté a servirle de intermediario, de padrino, de testigo. Por eso, Jorge—prosiguió lord Murrey respondiendo a una inclinación de cabeza de aquél,—no me debe usted la más pequeña gratitud, cuanto más que se anticipaba usted a mis votos, secundaba mis planes de conciliación, allanaba usted mis proyectos políticos. Acompañé a usted, pues, a casa del señor de Malmedie, y apoyé su petición con toda la autoridad de mi presencia y con todo el peso de mi nombre.

—Lo sé, milord, y se lo agradezco a usted en el alma; pero usted mismo vió que ni el peso de su nombre, con ser honorable, ni la autoridad de su presencia, con ser halagadora, me evitaron una negativa.

—Lo sentí tanto cuanto usted, Jorge; y admiré la calma de usted, y en su impasibilidad comprendí que se disponía usted a tomar un terrible desquite, como efectivamente lo tomó usted el día de las carreras, a lá faz de todo el mundo. Desde aquel momento comprendí que, según toda probabilidad, me vería obligado a renunciar a mis proyectos de conciliación.

—Tal advertí a usted al separarnos, milord.

—Lo recuerdo; pero ¿usted cree que me dí por vencido? No, y en prueba de ello, me presenté ayer en casa del señor de Malmedie, y a puros ruegos e instancias, y casi abusando del influjo que me da mi cargo, obtuve del padre que olvidaría su inveterado rencor contra el de usted, del hijo, que olvidaría su juvenil odio contra usted, y de ambos, que consentirían en el casamiento de la señorita Sara.

—Sara es libre, milord—interrumpió Jorge con viveza,—y, a Dios gracias, para ser mi mujer no necesita el consentimiento de nadie.

—Admitido—profirió lord Murrey,—pero a los ojos de la gente va mucha diferencia entre robar furtivamente a una doncella de la casa de su tutor a recibirla públicamente de manos de su familia. Consulte usted su orgullo, señor Munier, y dígame si no le había yo preparado una satisfacción suprema, un triunfo en que ni siquiera podía usted soñar.

—Es verdad—contestó Jorge;—pero por desgracia el consentimiento ha llegado demasíadamamente tarde.

—¡Demasiadamente tarde! ¿Y por qué?—preguntó el gobernador.

—Permítame usted que no le responda sobre el particular, milord; es un secreto.

—¡Desventurado!—repuso lord Murrey.—¿Quiere usted que le diga yo ese secreto que no se aviene usted a comunicármelo?

Jorge miró al gobernador y se sonrió con incredulidad.

—¡Valiente secreto, un secreto confiado a diez mil personas!—continuó lord Murrey.

Jorge miró otra vez al gobernador, pero ahora sin sonreirse.

—Escúcheme usted—prosiguió lord Murrey:—usted se empeñó en perderse, y yo me empeñé en salvarlo. A este efecto, me aboqué ayer con el tío de Sara, y llamándole aparte le dije: «Ustedes apreciaron mal al señor Jorge Munier, lo repelieron ustedes de un modo insolente, y le obligaron a romper abiertamente con ustedes. No obraron ustedes con buen acuerdo, porque el señor Jorge Munier es todo un caballero, de corazón magnánimo y grandeza de alma, y de él podría esperarse

mucho, como lo prueba el que en la hora de ahora tiene nuestras vidas en sus manos. El señor Jorge Munier es el jefe de una vasta conspiración, y mañana a las diez de la noche atacará a Puerto Luis al frente de diez mil negros, y como no tenemos más que mil ochocientos soldados, si el acaso no me sugiere una idea preservadora, como sucede a las veces a los grandes hombres, no hay remedio para nosotros, y pasado mañana el señor Jorge Munier, a quien ahora usted desprecia como descendiente de esclavos, tal vez sea nuestro dueño, y quizás lo mancipe a usted. Todo esto puede usted evitarlo, señor de Malmedie, y salvar de esta suerte a la colonia. Deshaga usted lo hecho, conceda usted al señor Jorge la mano de Sara, y si acepta, si se aviene a aceptar, pues, estando trocados los papeles también pueden estarlo las pretensiones, no sólo salvará usted su vida, su libertad y su fortuna, mas también la fortuna, la libertad y la vida de todos.» Esto le dije; y entonces accedió a mis ruegos, a mis instancias, a mis órdenes. Pero ha sucedido lo que ya preví; estaba usted demasíado comprometido y no le ha sido posible retroceder.

Jorge, que había escuchado con asombro cada vez mayor, pero con calma, a lord Murrey, cuando éste hubo terminado, dijo:

—¿Luego lo sabe usted todo, milord?

—Páreceme que no he olvidado nada.

—No—contestó Jorge sonriéndose;—los espías de usted están al corriente, y doy a usted la enhorabuena por lo bien montada que tiene la policía.

—Pues, bien—profirió el gobernador,—ahora que conoce usted el móvil de mi conducta, todavía está usted a tiempo: acepte usted la mano de Sara, reconcílese usted con la familia de ésta, renuncie

usted a sus insensatos proyectos, y como si nada hubiese ocurrido.

—No puede ser—dijo el mulato.

—Calcule usted con qué gente se ha comprometido.

—Usted olvida, milord, que esos hombres de quienes habla usted con tanto desdén, son mis hermanos, y que me han reconocido a mí, menospreciado por los blancos, por su jefe; usted olvida que desde el momento en que esos hombres han puesto en mis manos sus vidas, yo les he abnegado la mía.

—¿Así, pues, se niega usted a aceptar?

—Me niego.

—¿Pese a mis instancias?

—Usted perdone, milord, pero no puedo prestar oídos a ellas.

—¿Pese al amor de usted por Sara y al amor de Sara por usted?

—Pese a todo.

—Reflexiónelo usted bien.

—Ya lo he reflexionado.

—Está bien—dijo lord Murrey.—Ahora permítame usted que le haga una postrera pregunta: de estar trocados nuestros papeles ¿qué haría usted?

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que si yo fuese Jorge Munier, jefe de una sublevación, y usted lord Guillermo Murrey, gobernador de la isla de Francia, y me tuviese usted en sus manos como yo tengo a usted en las mías, ¿qué haría usted, repito?

—Dejaría salir de aquí al que ha venido fiado en la palabra de usted, en la creencia de que se le había mandado a llamar para una cita y no para armarle un lazo, y, llegada la noche, de tener fe en la justicia de mi causa, apelaría a Dios para que él decidiese entre nosotros.

—Pues haría usted mal, porque desde el momento en que yo hubiese desenvainado mi espada, no habría salvación para usted; desde el punto en que hubiera encendido la tea de la sublevación, debería apagarla en mi sangre. No, Jorge, no quiero que un hombre como usted suba al patíbulo, ¿oye? no quiero que un hombre como usted muera como un rebelde vulgar, cuyas intenciones serán calumniadas, cuyo nombre será manchado, y para salvarlo de tal desventura, para arrancar a usted de su sino, lo retengo preso.

—¡Milord!—exclamó Jorge tendiendo en torno de sí la mirada para ver si había alguna arma al alcance de su mano y con la cual pudiese defenderse.

—¡Hola! ¡entren!—profirió lord Murrey en alta voz;—¡entren y prendan a este hombre!

Al llamamiento del gobernador entraron cuatro soldados y un cabo y rodearon a Jorge.

—Lleven al caballero a la cárcel y enciérrenlo en la pieza que he mandado preparar esta mañana; pero a la par que lo vigilen severamente, ni ustedes ni nadie le falten a las atenciones a que es acreedor.

Dichas estas palabras, el gobernador saludó a Jorge, que se salió del salón custodiado por los soldados que por él acababan de entrar.

## XXII

### LA SUBLEVACIÓN

Fué tan rápido e inesperado lo que acababa de pasar, que Jorge ni siquiera tuvo tiempo de prepararse; pero gracias al dominio que sobre sí ejer-